

permitido reirse en un asunto tan grave, ¿quien no se reiria al oír á esos hombres que tienen como nosotros una cabeza sobre las espaldas, argumentar contra Dios y contra sus atributos, sin considerar que esa sola idea prueba la existencia de Dios, puesto que no se puede formar ninguna idea de lo que no existe? En efecto, el hombre puede representarse á sí mismo; y podrá la pintura representar á sus ojos otra cosa que lo que existe? La inagotable imaginación de Rafael, ha podido cubrir su famosa galería de semblanzas fantásticas; pero cada una de aquellas piezas existe en la naturaleza. Lo mismo sucede respecto al orden moral; el hombre no puede concebir sino lo que existe; así el ateo, para negar á Dios, lo supone.

Todo esto, señores, no es mas que el prefacio de la idea favorita que quiero comunicaros. Admito la loca suposición de un Dios hipotético, y supongo tambien que las leyes del universo sean injustas, ó crueles con respecto á nosotros, sin que tengan un autor inteligente; lo que es sin embargo el colmo de la extravagancia. ¿Qué resultará en este caso contra la existencia de Dios? Nada absolutamente. La inteligencia no dá pruebas de la inteligencia mas que por el número. Todas las demás consideraciones no pueden aplicarse sino á ciertas propiedades ó cualidades del sugeto inteligente, lo cual nada tiene de comun con la cuestión primitiva de la existencia.

El número, señores, el número! ó el orden de la simetría; porque el orden no es otra cosa que el número ordenado, y la simetría no es mas que el orden advertido y comparado.

Os suplico me digais, si cuando Neron en otro tiempo iluminaba sus jardines con antorchas, y quemaba á un hombre vivo, la alineación de aquellas horribles llamas ¿no probaba al espectador una inteligencia ordenadora lo mismo que la pacífica iluminación que se hizo ayer con motivo de la fiesta de S. M. la emperatriz madre (1)? Si el mes de julio trajese cada año la peste, este bonito período seria tan regular como el de las estaciones. Comencemos pues, por examinar si el número existe en el universo; para saber en seguida si el hombre es tratado bien ó mal en este mundo, y por qué, esta es otra cuestión que podremos examinar otra vez, y que nada tiene de comun con la primera.

El número es la barrera evidente entre el bruto y nosotros: en el orden material, lo mismo que en el orden físico, el uso del fuego nos distingue de él de una manera tajante, y que no puede

(1) Esta circunstancia fija la fecha del diálogo en el 23 de julio.

(Nota del editor.)

borrarse. Dios nos ha dado el número, y por el número es como se nos manifiesta, así como por el número el hombre se evidencia á su semejante: quita el número y quitareis las artes, las ciencias, la palabra, y por consiguiente la inteligencia. Volvedle y reaparecerán con él sus dos hijas celestiales, la armonía y la hermosura; el grito se convertirá en canto; el estrépito en música; el salto en danza; la fuerza se llamará dinámica, y los rasgos figuras. Una prueba sensible de esta verdad es, que en las lenguas (al menos en aquellas que poseo, y creo sucederá lo mismo en las que ignoro) las mismas palabras espresan el número y el pensamiento: se dice, por ejemplo, que la razón de un grande hombre ha descubierto la razón de tal ó cual progresión: se llama razón directa y razón inversa; yerros de cuenta en la política, yerros de cuenta en los cálculos; la misma palabra cálculo que se presenta á mi imaginación, recibe doble significado, y se dice: *me he engañado en todos mis cálculos*, aunque realmente no se trate de cálculos. En fin, decimos igualmente *cuenta su dinero y cuenta ir á veros*; lo cual en fuerza de la misma costumbre no nos parece ya extraordinario. Las palabras relativas al peso, á la medida, al equilibrio, introducen á cada momento en el discurso de la conversacion el número como sinónimo de pensamiento ó de sus procedencias; ¿y esta misma palabra pensamiento, no se deriva de una palabra latina que hace relación al número?

La inteligencia lo mismo que la hermosura se complace contemplándose á sí mismas; luego el espejo de la inteligencia es el número. De ahí viene el placer que á todos nos resulta de la simetría; porque todo ser inteligente desea colocar y reconocer en todas partes su signo que es el orden. ¿Porqué los soldados uniformados nos parecen mas agradables á la vista que en traje comun? ¿por que gustamos mas de verlos marchar alineados que en desorden? ¿Porqué los arboles en nuestros jardines, los platos sobre nuestras mesas, los muebles en nuestras habitaciones, etc. espresivo para agradarnos que esten colocados simétricamente. ¿Por qué la rima, los pies, los ritornelos, el compas y la cadencia nos deleitan tanto en la música y en la poesía? Podeis imaginaros ni siquiera remotamente que haya por ejemplo, en nuestras rimas (tan felizmente nombradas) alguna hermosura intrínseca? Esta forma y otras varias no pueden agradarnos sino mientras la inteligencia se complazca en todo aquello que le prueba la inteligencia, y que su signo principal es el número. Goza pues en todas partes donde se reconoce, y el placer que nos causa la simetría no puede tener otra razón; pero hagamos abstracción de este placer, y no examinemos la cosa mas que en sí misma. Así como las palabras que pronuncio en este momento, prueban la exis-

tencia del que las pronuncia, y que si estas palabras estuviesen escritas y colocadas segun el orden de la sintaxis, probarian igualmente la de todas aquellas que las leen, del mismo modo todos los seres creados prueban por su *sintaxis* la existencia de un supremo escritor que nos habla por medio de estos signos: en efecto, todos los seres son letras cuya reunion forman un discurso que prueba á Dios, es decir, la inteligencia que lo pronuncia, porque no puede haber discurso *sin alma que hable*, ni escritura sin escritor; á no ser que quiera sostenerse, que la curva que trazo toscamente sobre el papel con un lapiz y un compás prueba claramente la inteligencia que la ha trazado, y que esta misma curva descrita por un planeta no prueba nada; ó que un antejo acromático prueba evidentemente la existencia de *Douglond de Ramsdan*, etc.; pero que el ojo que ha de servirse del maravilloso instrumento que acabo de nombrar, no es mas que una grosera imitacion, que no prueba absolutamente la existencia de un artista supremo ni la intencion de prevenir la aberracion! Si un navegante lanzado por el naufragio á una isla que creia desierta, y recorriendo la playa viese una figura geométrica trazada sobre la arena, reconoceria desde luego al hombre, y daria gracias á la Providencia: ¿una figura de la misma especie tendrá menos fuerza por estar trazada en el cielo? y ¿el número no es siempre el mismo de cualquiera manera que se nos presente? Notadlo bien; Dios está escrito en todas las partes del universo, y sobre todo, en el cuerpo humano. Dios se evidencia en el equilibrio maravilloso de los dos sexos que ninguna ciencia ha podido desbaratar; se manifiesta en nuestros ojos, en nuestras orejas. etc. *Treinta y dos* está escrito en nuestra boca; *veinte* dividido por *cuatro*, lleva su invariable *cuociente* á las estremidades de nuestros miembros. El número se descubre en el reino vegetal con una riqueza que admira por su invariable constancia en las infinitas variedades. Recordad, señor senador, lo que me digisteis un dia acerca de vuestra estensa coleccion sobre el número *tres* en particular: está escrito en los astros y en la tierra; en la inteligencia del hombre y en su cuerpo; en la verdad y en la fábula; en el Evangelio, en el Talmud y en los Vedas; en todas las ceremonias antiguas ó modernas, legítimas ó ilegítimas, aspersiones, abluciones, invocaciones, exorcismos, encantos, sortilegios, magia negra ó blanca; en los misterios de la cábala, de la teurgia, de la alquimia, de todas las ciencias secretas; en la teología, en la gramática, en una infinidad de fórmulas poéticas ú oratorias que escapan á la atencion *inadvertida*; en una palabra, en todo lo que existe. Se dirá tal vez, *es la casualidad*: otros desesperados insensatos lo interpretan de otro modo, y dicen (yo mismo lo he oido)

que esto es una ley de la naturaleza. ¿Pero que es una ley? ¿Es la voluntad de un legislador? En ese caso dicen lo mismo que nosotros. ¿Es el resultado puramente mecánico de ciertos elementos, puestos en accion de un modo determinado? Entonces, como que es necesario que para que estos elementos puedan producir un orden general é invariable que sean ordenados y obren por si mismos de un modo constante, la cuestion comienza de nuevo, y nos encontramos con que en vez de una prueba del orden y de la inteligencia que los ha producido tenemos dos; á la manera que si muchos dados jugados diferentes veces, diesen siempre por resultado *el puuto seis*, la inteligencia será probada por la invariabilidad del número que es el efecto, y por el trabajo interior del artista que es la causa.

En cierta ciudad sumamente acalorada por el fermento filosófico he tenido lugar de hacer una singular observacion, y es: que el aspecto del orden, de la simetria, y por consiguiente del número y de la inteligencia, oprimiendo muy vivamente á ciertos hombres, de quienes me acuerdo muy bien, para escapar á esa tortura de la conciencia, idearon un *ingenioso* subterfugio del cual sacaron gran partido. Se determinaron á sostener que es imposible encontrar la *intencion* á no conocerse *el objeto de la intencion*: no podreis imaginaros el apego que tienen á esta idea que los encanta porque les dispensa del sentido comun que los atormenta. Han hecho de la investigacion de las intenciones un grande negocio, una especie de *arcano* que encierra segun ellos una profunda ciencia y de inmensos trabajos. Les he oido decir hablando de un gran físico que habia dicho alguna cosa en este genero: *se atreve á remontarse hasta las causas finales.* (Asi llaman ellos á las intenciones.) Ved el grande esfuerzo! Otras veces tenian particular cuidado *en no tomar un efecto por una intencion*; lo cual como conoceis, seria muy peligroso; porque si se llegase á creer que Dios se mezcla en una cosa que marcha por si sola, ó que ha tenido tal intencion, mientras realmente tenga otra; ¡que funestas consecuencias no produciria semejante error! Para dar á la idea de que os hablo toda la fuerza que puede tener, he obvado siempre que procuran reducir cuanto pueden los descubrimientos de las intenciones al circulo del tercer reino. Se atrincheran por decirlo asi, en la mineralogia y en lo que ellos llaman *geologia*, donde las intenciones son menos visibles, al menos para ellos, y presentan por otra parte mas vasto campo para disputar y negar (este es el paraíso del orgullo); pero en cuanto *al reino de la vida* de donde parte una voz algo mas clara *que se hace comprender á sus ojos*, no quieren discurrir. Muchas veces les hablabá yo del animal, por pura malicia, pero siempre se empeñaban

en que volviese á las moléculas, á los átomos, á la gravedad, á las capas terrestres etc. ¿Que sabemos, me contestaban con la mas afectada modestia; *qué sabemos sobre los animales? ¿Sabe el germenalista lo que es un germen? ¿Comprendemos algo de la esencia de la organizacion? ¿Se ha dado un solo paso en el conocimiento de la generacion? La produccion de los seres organizados es carta cerrada para nosotros.* Luego el resultado de este gran misterio es: que siendo el animal *carta cerrada*, no puede leerse en él ninguna intencion. Dificilmente llegareis á comprender que sea posible discurrir tan mal; pero aun asi les hareis demasiado honor. Esto es lo que piensan, ó al menos lo que quieren dar á entender (que no está muy distante de ser lo mismo). Acerca de puntos sobre los cuales no es posible discurrir bien, el espíritu de secta hace lo que puede; divaga, elude la dificultad, y sobre todo estudia el modo de dejar las cosas en un estado favorable al error. Os repito que cuando estos filósofos disertan sobre las intenciones, ó como ellos dicen sobre las *causas finales* (palabra que no me gusta), siempre hablan de la naturaleza muerta, cuando son los dueños del discurso, evitando cuidadosamente ser conducidos al campo de los dos primeros reinos, donde comprenden muy bien que el terreno se resiste á su táctica; pero de cerca ó de lejos todo tiende á su grande maxima, que la *intencion* no puede ser probada mientras no se pruebe *el objeto de la intencion*; no concibo un sofisma mas grosero (1): ¿como dejar de comprender que no puede haber simetria sin fin, puesto que la simetria por si sola es en fin del compositor? Un cronómetro perdido en los bosques de América y encontrado por un salvaje, le manifestaria la mano é inteligencia de un obrero con tanta certeza como estas manifiestan á Mr. Schubbert. (2) No teniendo pues necesidad de un fin para deducir nuestra conclusion, no estamos obligados á contestar al sofista que nos pregunta, *cual es el fin?* Hago abrir un canal al rededor de mi castillo, y uno dice: *es para conservar pescado*; otro, *es para ponerse al abrigo de ladrones*; en fin, un tercero dice: *es para desecar y hacer salubre el terreno.* Todos pueden engañarse; pero el que mas seguro puede estar de tener razon es el

(1) Se comprende muy bien, pero se siente comprenderlo y hasta se quisiera no comprender. Se avergüenza de no ver lo que los otros ven, y de recibir una demostracion *ex ore infantium et lactentium*. El orgullo se revela contra la verdad, *que deja acercar á los niños*, bien pronto las tinieblas del corazón se propagan al entendimiento y queda formada la catarata. En cuanto á los que niegan por puro orgullo y sin conviccion (el número es muy grande), son tal vez mas culpables que los primeros.

(2) Sabio astrónomo de la academia de ciencias de S. Petersburgo, distinguido por una multitud de conocimientos que su amabilidad pone á disposicion de todos aquellos que quieren aprovecharse.

que se limite á decir: *lo ha hecho abrir para sus fines particulares.* En cuanto al filósofo que vendria ó decirnos: *mientras que vosotros no esteis conformes sobre la intencion, yo tengo derecho para no ver ninguna: la cama del canal no es mas que un hundimiento natural de terreno; el revestimiento una agregacion, la balaustrada no es otra cosa que la obra de un volcan, no mas extraordinaria por su regularidad que esos conjuntos de agujas basálticas que se ven en Irlanda y en otras partes, etc....*

EL CABALLERO.

Creéis, señores, que haya un poc de brutalidad en decir: *mi buen amigo el canal está destinado para bañar á los locos*, lo que se probaria sobre la marcha?

EL SENADOR.

Yo mismo me opondria á esta manera de discurrir, por la sencilla razon de que al salir del agua, el filósofo tendria derecho de decir *eso no prueba nada.*

EL CONDE.

Ah! cuan grande es vuestro error, querido senador. Jamás ha dicho el orgullo: *me engaño*; y el de esas gentes mucho menos que el de las demas. Aun cuando les dirijais el argumento mas concluyente, siempre os contestarán, *eso no prueba nada.* Asi, siendo la respuesta siempre la misma, ¿porque no adoptar con ellos el argumento que merecen en justicia? Pero como ni la filosofia, ni el canal, ni sobre todo el castillo estan alli, continuaré si me lo permitis.

Ellos hablan de *desorden* en el universo; ¿pero que es el *desorden*? Es una derogacion del *orden* aparente, luego no puede objetarse el *desorden* sin confesar un *orden* anterior, y por consiguiente la inteligencia. No se puede formar una idea perfectamente justa del universo, observándole bajo el aspecto de un inmenso gabinete de historia natural trastornado por un temblor de tierra. La puerta esta abierta y destrozada; no han quedado en él ventanas; armarios enteros han caido por tierra; y otros penden todavia fijos, pero dispuestos á caer. Los mariscos ruedan en la sala de los minerales, y el nido de un colibrí descansa sobre la cabeza de un cocodrilo. Sin embargo, ¿que insensato podrá dudar de la intencion primitiva ó creer que el edificio fué construido en semejante estado? Todas las grandes masas estan juntas-

á la insignificante luz de una vidriera se ve todo entero; el orden es tan visible como el desorden; y el ojo, paseando su mirada por el vasto templo de la naturaleza, restablece sin trabajo todo lo que un agente funesto ha destrozado, torcido, deshojado y puesto fuera de su lugar. Hay mas: mirad de cerca y ya reconocereis una mano reparadora. Sehan apuntalado algunos maderos se han practicado algunas sendas por entre los escombros; y en la confusion general, una multitud de *análogos* han recobrado ya su lugar y se distinguen. Hay pues aqui dos intenciones visibles en lugar de una, es decir; el orden y la restauracion: pero limitándonos á la primera idea, *el desorden*, suponiendo necesariamente el *orden*, aquel que arguye del desorden contra la existencia de Dios, la supone para combatirla.

Ved á que se reduce ese famoso argumento: *ó Dios ha podido impedir el mal que vemos y no ha querido, en cuyo caso le faltó bondad; ó queriendo impedirlo, no ha podido y por consiguiente le falta poder.*—Dios mio! que significa esto? No se trata ni de omnipotencia ni de infinita bondad, se trata solamente de *existencia* y de *poder*. Bien sé que Dios no puede cambiar la esencia de las cosas; pero no conozco mas que una parte infinitamente pequeña de esa esencia, de modo que ignoro una cantidad infinitamente grande de cosas que Dios no puede hacer, sin dejar por eso de ser omnipotente. No sé lo que es posible ni comprendo lo que es imposible; en mi vida he estudiado otra cosa que el número; no creo mas que en el número; ese es el signo, esa es la voz, esa es la palabra de la inteligencia; y como en todas partes está, por todas partes la veo.

Pero dejemos á los ateos, que felizmente son poco numerosos en el mundo (1), y volvamos á la cuestion con el teísmo. Quiero manifestarme con él tan complaciente como lo he sido con el ateo; sin embargo, no llevará á mal que comience por preguntarle ¿qué es lo que él llama injusticia? Si no me concede que *injusticia es un acto en virtud del cual se quebranta la ley*, la palabra no tendrá ya sentido; y si me concede que *la ley es la voluntad del legislador, manifestada á sus súbditos para que arreglen á ella su conducta*, no comprenderé mejor la palabra *ley*, que la de *injusticia*. Concibo muy bien que una ley humana pueda ser *injusta*, cuando está en contradiccion con una ley divina ó revelada, ó natural; pero el legislador del universo es Dios. ¿Donde está pues esa injusticia de Dios para con el hombre? ¿Habrá por casualidad algun legislador comun, superior á Dios, que le haya prescripto el mo-

(1) No sé si hay pocos ateos en el mundo; pero sé muy bien que toda la filosofía del último siglo es enteramente *ateísta*; y hasta encuentro que el ateísmo tiene sobre ella la ventaja de la franqueza.

do con que debe obrar respecto del hombre? ¿Y cual será el juez entre Dios y nosotros? Si el teísta cree que la idea de Dios no lleva consigo la de una justicia semejante á la nuestra, de qué se queja? no sabe lo que dice. Por el contrario, si cree que Dios es justo, segun nuestras ideas, quejándose de las injusticias que nota en el estado en que nos encontramos, admite, sin conocerlo, una contradiccion monstruosa, es decir: *la injusticia de un Dios justo.*—*Semejante orden de cosas es injusto; luego no puede tener lugar bajo el imperio de un Dios justo*: este argumento no es mas que un error en la boca de un ateo, pero en la del teísta es un absurdo: una vez admitida la existencia de Dios y su justicia como un atributo necesario de la divinidad, no puede ya el teísta volver atras sin contradecirse, y debe por el contrario decir: *semejante orden de cosas tiene lugar bajo el imperio de un Dios esencialmente justo; luego este orden de cosas es justo por razones que ignoramos*; explicando así el orden de las cosas por los atributos, en lugar de acusar locamente á los atributos por el orden de las cosas.

Pero concedo á este teísta supuesto la culpable y no menos loca proposicion de que no hay medio de justificar el carácter de la divinidad.

¿Qué conclusion práctica sacaremos nosotros de aqui, pues de esto precisamente es de lo que se trata? Dejadme, os ruego, proponer este lindo argumento: *Dios es injusto, cruel, inhumano; se complace en la desgracia de sus criaturas; luego...* Aqui es donde espero á los murmuradores: luego aparentemente *no hay necesidad de rogarle.*—Al contrario, señores, nada hay mas evidente: *luego es necesario suplicarle y servirle con mucho mas celo y ansiedad* que si su misericordia, como creemos, no tuviese limites. Quiero todavia preguntaros: que si hubiéseis vivido bajo el gobierno de un principe, no digo malvado, notadlo bien; sino solamente severo y suspicaz; nunca tranquilo sobre su autoridad, y vigilante hasta por los menores desvios de sus súbditos, hubiera tenido gusto de saber si hubiérais creído oportuno tomaros las mismas libertades que bajo el imperio de otro principe de un carácter enteramente opuesto, amante de la libertad general, complaciente, atento, humilde y temeroso siempre de su poder para que nadie le temiese. Ciertamente que no. Pues bien, la comparacion salta á los ojos y no admite réplica. Cuanto mas terrible nos parezca Dios, mas deberemos redoblar nuestro religioso temor hácia él, y tanto mas ardientes é infatigables deben ser nuestras oraciones; porque nada nos dice que su bondad suplirá nuestras faltas.

Procediendo la prueba de la existencia de Dios de la prueba

de sus atributos, sabemos que existe antes de saber *lo que es*, ni que jamás sabremos perfectamente. Vednos pues, colocados ahora bajo un imperio, cuyo soberano ha publicado una vez para siempre todas las leyes que han de regirle. Estas leyes llevan en general el sello de la sabiduría y de una admirable bondad: algunas, sin embargo, parecen duras, y si se quiere hasta injustas; pero yo pregunto á los descontentos, ¿qué partido tomar? ¿Sustraerse de su imperio? imposible; está en todas partes y nada hay fuera de él. Quejarse? declamar? escribir contra el soberano? Esto es esponerse á ser castigado ó condenado á muerte. No hay, pues, otro medio mejor que el de la resignacion y respeto, y hasta añadiré el *del amor*; ¿por qué, puesto que partimos de la suposicion de que el soberano existe y que es absolutamente necesario servirle, no vale mas (cualquiera que él sea, por otra parte) servirle con amor que sin amor?

No volveré á los argumentos con que en nuestras veladas precedentes hemos refutado las quejas que atrevidamente se levantan contra la Providencia; pero creo deber añadir que hay en estas quejas alguna cosa intrinsecamente falsa, ó como dicen los ingleses, cierta falta de sentido que salta á los ojos. En efecto, ¿qué significan esas quejas ó estériles ó culpables, que no suministran al hombre ninguna consecuencia práctica, ninguna luz capaz de ilustrarle ni de perfeccionarle? ¿Esas quejas que por el contrario nos sirven mas que para perjudicarle, que son inútiles aun al ateo, puesto que lejos de desmentir la primera de las verdades la prueban y la confirman; que son en fin, ridiculas y funestas en la boca del teista, puesto que no contribuyen mas que á quitarle el amor, dejándole el temor? Por lo que á mi toca, nada concibo tan contrario á las mas simples lecciones del sentido comun. ¿Pero sabeis, señores, de donde proviene ese desbordamiento de doctrinas insolentes que juzgan á Dios sin respeto, pidiéndole cuenta de sus decretos? Nos vienen de esa numerosa falange que se llama *los sábios*, y que no hemos sabido contener en este siglo en el lugar que les corresponde, que es el segundo. En otro tiempo habia muy pocos sábios, y un insignificante número de ellos eran impios; hoy no se ven mas que *sábios*: este es un oficio, es una muchedumbre, es un pueblo; y entre ellos la escepcion ya tan funesta, ha llegado á convertirse en regla. Por todas partes han usurpado una influencia sin limites; y sin embargo, si hay alguna cosa segura en el mundo es, á mi parecer, que no es á la ciencia á quien pertenece dirigir á los hombres. Nada de cuanto es preciso le está confiado: es necesario haber perdido el juicio para creer que Dios haya encargado á las academias el cuidado de enseñarnos lo que él es, y lo que le debemos. A los preladados,

á los nobles, á los grandes dignatarios del estado, es á quienes corresponde ser depositarios y guardianes de las verdades conservadoras: enseñar á las naciones lo que es bueno y lo que es malo, lo que es verdadero y lo que es falso en el orden moral y en el espiritual; los demas no tienen derecho para tratar de esta especie de materias. ¿De qué se pueden quejar, teniendo las ciencias naturales para entretenerse? En cuanto al que habla ó escribe para arrebatarse al pueblo un dogma nacional, debe ser castigado como ladrón doméstico. Rousseau mismo convino en esto sin pensar en que pedia para él la pena (1). ¿Por qué se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra á todo el mundo? Eso es lo que nos ha perdido. Los filósofos (ó aquellos de la clase que se ha nombrado) tienen todos una especie de orgullo tan feroz y rebelde que á nada se aviene: aborrecen sin escepcion todas las distinciones de que ellos no disfrutaban; no hay autoridad que les agrade; nada superior á ellos que no aborrezcan. Dejados obrar y todo lo impugnarán; hasta el mismo Dios porque es jefe. Ved si estos no son los mismos hombres que han escrito contra los reyes y contra el que los ha establecido! Ah! si cuando por fin la tierra quede asegurada...

EL SENADOR.

¡Singular estravagancia del clima! despues de uno de los mas calurosos dias, sucede un viento que enfria hasta el extremo de no poderse habitar en la plaza. No quisiera que un hombre acalorado se encontrase en aquel lugar; ni yo tampoco quisiera sostener en él una conversacion tan animada, por que estaba espuesto á ganar una estincion de voz. Hasta mañana, pues, amigos míos.

(1) Contrato social.